

“Matthew Barrett tiene el instinto evangélico para la enseñanza bíblica clásica, probada en el tiempo y profundamente tradicional sobre la Trinidad. Este libro es la historia del gozo que sintió al encontrar esa doctrina después de apartar algunos escombros y desechos que se habían acumulado sobre ella en los últimos años. *Simplemente Trinidad* proclama la buena nueva de la doctrina no manipulada del Dios trino”.

**Fred Sanders,**  
Torrey Honors College, Biola University

“El libro de Matthew Barrett es perfecto para los estudiantes de teología de la tradición evangélica. En capítulos claros y de fácil lectura, Barrett lleva a sus lectores a apreciar la teología trinitaria clásica como fundamento de la fe bíblica. Los lectores se alejan de las rocas de quienes han intentado convencernos de que dicha teología necesita un cambio radical, y se sumergen en el mar tranquilo y ancho que es la fe histórica de la comunidad cristiana”.

**Lewis Ayres,**  
Durham University

“Matthew Barrett expone a quienes manipulan la Trinidad y les proporciona un gran antídoto. Ofrece una recuperación sana y sobria de la exégesis de la Iglesia de las Escrituras para explicar que las tres personas de la Divinidad comparten una sustancia, un poder y una eternidad sin jerarquías ni otras herejías. Barrett

proporciona una mezcla informativa de exégesis, historia de la Iglesia y teología sistemática para defender la doctrina cristiana de la Trinidad contra sus saboteadores involuntarios”.

**Michael F. Bird,**  
Ridley College, Melbourne, Australia

“*Simplemente Trinidad* ofrece una introducción académica accesible a las interpretaciones históricas y bíblicas de la Trinidad y demuestra lo mucho que está en juego en los debates trinitarios que recientemente han agitado a la comunidad evangélica. Lo recomiendo encarecidamente”.

**Thomas S. Kidd,**  
Baylor University

““Me ha sorprendido este libro, una intervención clara y poderosa en la controversia trinitaria. Solo la crítica a los subordinacionistas evangélicos es fantástica, y ningún lector atento debería pasar por alto sus conexiones con el trinitarismo social. La teología evangélica está en serios problemas, y creo que muchos de nosotros lo sabemos desde hace años, pero este libro será imposible de ignorar. Simplemente debemos dar la vuelta a esta tendencia o el evangelicalismo perderá su dominio sobre el evangelio”.

**Craig A. Carter,**  
Tyndale University

“Espero que este libro tan accesible sea ampliamente leído y debatido, especialmente por los evangélicos. Pondrá en tela de juicio algunas cosas que se han enseñado en las últimas décadas. Pero los argumentos de Barrett basados en las Escrituras y la tradición deben tomarse en serio, ya que todos anhelamos que nuestra forma de hablar y adorar al Dios trino sea fiel”.

**Kelly M. Kapic,**  
Covenant College

“Barrett glorifica al infinitamente simple Padre, Hijo y Espíritu Santo con profunda sabiduría. Esto sería razón suficiente para leerlo, pero la mayoría de los libros doctrinalmente ricos sobre la Trinidad son tediosos. Por el contrario, ¡este libro es un canto! Desde el principio, Barrett capta la atención y no la suelta. El resultado es un alimento urgentemente necesario tanto para la cabeza como para el corazón”.

**Matthew Levering,**  
Mundelein Seminary

“Matthew Barrett proporciona a la iglesia un valioso recurso, presentando un relato pro-niceno de la Trinidad salpicado de historias, ilustraciones y ejemplos que harán que *Simplemente Trinidad* sea atractiva y comprensible tanto para los estudiantes como para los cristianos de a pie. Esta obra es sólidamente bíblica, conscientemente pro-niceno, y el sustituto ideal para los diversos tratamientos trinitarios sociales de la Trinidad que han sido populares en la iglesia local en las últimas décadas”.

**Glenn Butner,**  
Sterling College

“Inmediatamente convencido de la necesidad de este libro, el lector se familiarizará con la historia de la deriva trinitaria, así como con la historia de su antídoto. El estilo de Barrett es a la vez atractivo y accesible, utilizando la narración en primera persona y la explicación teológica convincente para comunicar rigor y profundidad. Presenta una argumentación bíblica e históricamente rigurosa a favor de un Dios trino y simple, diferenciado únicamente por la generación y la espiración eterna. Valora este libro como un compañero de diálogo erudito y un texto de enseñanza pedagógica, mostrando que si no nos sometemos a la imagen de nuestro Dios misericordioso consistente en el texto y la tradición, no tendremos ningún fundamento desde el que pensar y vivir teológicamente en una época tan exigente como ésta”.

**Amy Peeler,**  
Wheaton College

“Matthew Barrett es un teólogo que se deleita en la Trinidad, un hombre que percibe su importancia. Debido a su amor por la Trinidad, Barrett se siente desconcertado por el hecho de que muchos teólogos evangélicos del siglo XX hayan utilizado y distorsionado la Trinidad para sus propias agendas sociales y políticas. Han malinterpretado las Escrituras. Ignoran a los Padres de la Iglesia y gran parte de la tradición teológica cristiana. Han dejado a la Trinidad a la deriva. El libro de Barrett es una refutación de tal deriva trinitaria, pero más aún, es una presentación clara, creativa, sólida y erudita de la Trinidad, una presentación que traerá gozo a las mentes y amor a los corazones de todos los que lo lean. Al hacerlo, todos alabarán al Padre, honrarán al Hijo y glorificarán al Espíritu Santo”.

**Thomas G. Weinandy,**  
Capuchin College, Washington, DC

“La Trinidad es una de las doctrinas más desafiantes de la Biblia y, sin embargo, Matthew Barrett guía hábilmente a los lectores a través de las problemáticas para presentar una enseñanza clara y convincente. Abre los tesoros del pasado y recurre a teólogos patristicos, medievales, de la Reforma y contemporáneos para explicar la doctrina de la Trinidad. Pero también muestra útilmente dónde se han extraviado algunos y dice caritativamente la verdad con amor. La gente haría bien en leer este libro y sondear las profundidades de la enseñanza bíblica sobre la naturaleza de nuestro Dios trino”.

**J. V. Fesko,**  
Reformed Theological Seminary, Jackson, MS

“*Simplemente Trinidad* podría cambiar las reglas del juego. Al escribir un libro para laicos sobre la doctrina de la Trinidad y las aportaciones de los padres de la Iglesia, Matthew Barrett ha contribuido en gran medida a desterrar los errores populares que siguen persistiendo sobre la naturaleza misma de Dios. Pero este libro es mucho más. Doctrinas complejas y términos históricos son sacados de las aulas del mundo académico y devueltos a los laicos. Mientras leía, había momentos en los que cerraba los ojos y daba gracias al Dios cuya esencia y perfecciones están más allá de las palabras. Por favor, lean este libro”.

**Todd Pruitt,**  
Covenant Presbyterian Church, Harrisonburg, VA;  
Coanfitrión del podcast *Mortification of Spin*

“*Simplemente Trinidad* se propone con éxito devolver a la Iglesia al camino de la fidelidad confesional. Matthew Barrett nos ayuda a entender que la forma en que leemos la Biblia y con quién la leemos es imprescindible para contemplar al Autor trino que se nos revela en su Palabra. Verá cómo nuestra comprensión de Dios afecta a nuestra comprensión de la salvación y lo que perdemos si nos equivocamos”.

**Aimee Byrd,**  
autora de *Recovering from Biblical Manhood and  
Womanhood*

“*Simplemente Trinidad* ayudará a empujar a los lectores hacia una formulación más bíblica e históricamente ortodoxa de la doctrina de la Trinidad; también ayudará a hacer lo mismo con varios atributos de Dios. Si usted está interesado en lo que la Escritura enseña sobre Dios y la Trinidad, cómo los primeros credos del cristianismo formularon la enseñanza de la Escritura en declaraciones credenciales, y cómo muchos en nuestros días han dejado los viejos caminos sobre esta materia, este libro es para usted”.

**Richard C . Barcellos,**  
Grace Reformed Baptist Church, Palmdale, CA; IRBS  
Theological Seminary, Mansfield, TX

El cristiano de a pie suele ver la doctrina de la Trinidad como un tema que solo los académicos deben tratar. De hecho, muchos cristianos consideran esta doctrina como algo imposible de contemplar, y peor aún, la ven como algo irrelevante para sus vidas. Sin embargo, nada está más lejos de la verdad, más bien, como dice la CBL 1689: la [doctrina de la] Trinidad es el fundamento de toda nuestra comunión con Dios y nuestra consoladora dependencia de él. (2.3). Para quitar esa mala concepción de esta preciosa doctrina se requiere de teólogos que sean capaces de enseñar a la iglesia con sencillez, pero sin sacrificar profundidad teológica. El Dr. Matthew Barrett hace justamente eso en este libro, en el cual presenta la doctrina de la Trinidad con precisión teológica, de una manera accesible, al mismo tiempo que muestra la relevancia e importancia de esta doctrina para el cristiano. Si quieres un libro que te lleve a un mejor entendimiento de la doctrina de la Trinidad y te lleve a conocer y amar más al Trino Dios, este es el libro correcto.

**Héctor Bustamante,**  
pastor en la Iglesia Bautista Reformada de Guadalajara,  
en Jalisco y presidente del Seminario Reformado Sacra  
Teología.

Como cristianos no hemos nacido en un vacío teológico, por el contrario, tenemos un legado de doctrina de más de veinte siglos que no podemos ignorar. Barrett, en *Simplemente Trinidad* (ahora en español), recoge ese legado histórico, bíblico y ortodoxo acerca de la Trinidad que en el mundo hispanohablante necesitamos urgentemente. Muchos, intencionalmente o no, han manipulado la Trinidad y millones de fieles han bebido de una idea

contaminada de Dios sin percibirlo. Este libro nos enseña que la Trinidad no es una doctrina más entre otras, sino que es el elemento fundamental que diferencia al Dios verdadero de los ídolos. Te recomiendo leerlo y volverlo a leer varias veces.

**Santiago Armel,**  
pastor en la Iglesia Bíblica Cristiana de Cali y profesor  
de teología sistemática en el Seminario de Expositores  
en Colombia.



# SIMPLEMENTE TRINIDAD

EL PADRE, EL HIJO Y EL ESPÍRITU  
SIN MANIPULACIÓN

MATTHEW BARRETT



# SIMPLEMENTE TRINIDAD

EL PADRE, EL HIJO Y EL ESPÍRITU  
SIN MANIPULACIÓN

MATTHEW BARRETT

**MONTE**  
 **ALTO**  
EDITORIAL



*Simplemente Trinidad: El Padre, el Hijo y el Espíritu sin manipulación*  
por Matthew Barrett.

Copyright © Monte Alto Editorial, 2025

Traducido con permiso del libro *Simply Trinity: The Unmanipulated Father, Son, and Spirit* © Matthew Barrett. 2021 publicado por Baker Books, una división de Baker Publishing Group; Grand Rapids, MI 49516-6287

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio—por ejemplo, electrónico, fotocopia, grabación—sin el permiso previo por escrito del editor. La única excepción son las citas breves en reseñas impresas.

Primera impresión enero de 2025 en Colombia

A menos que se indique lo contrario, las citas de las Escrituras son de la Nueva Biblia de las Américas (NBLA) © 2005 por The Lockman Foundation.

Monte Alto Editorial  
[www.montealtoeditorial.com](http://www.montealtoeditorial.com)  
ISBN: 978-628-01-6625-4

*Para Elizabeth,*

Tu resistencia es como una gerbera en  
ciernes después de la lluvia.  
El sol brilla y tú también.

“¡Cuán preciosa es, oh Dios, Tu misericordia!  
Por eso los hijos de los hombres se refugian  
a la sombra de Tus alas...  
Porque en Ti está la fuente de la vida;  
En Tu luz vemos la luz”. (Salmo 36:7, 9)



## TABLA DE CONTENIDO

Agradecimientos .....	17
Prólogo por Scott R. Swain .....	19
1 Deriva de la Trinidad .....	23
PARTE 1 ¿Cómo nos alejamos? .....	51
2 ¿Podemos confiar en el Dios de nuestros padres? <i>Recuperando la ortodoxia bíblica</i> .....	53
3 ¿Desde cuándo la Trinidad es social? <i>La Trinidad Manipulada</i> .....	85
PARTE 2 ¿Cómo encontrar el camino a casa? .....	121
4 ¿Cómo se revela Dios como Trinidad? <i>La eternidad y el misterio del Evangelio</i> .....	123
5 ¿Por qué Dios debe ser uno para ser tres? <i>Simplicidad y Trinidad</i> .....	157
6 ¿Es el Hijo engendrado del Padre? <i>Paternidad y filiación, Parte 1</i> .....	193
7 ¿Es la generación eterna un elemento central del Evangelio? <i>Paternidad y filiación, Parte 2</i> .....	225

8 ¿Está el Hijo eternamente subordinado al Padre? <i>Un hijo digno de adoración</i> .....	267
9 ¿Es el Espíritu Espirado? <i>Espiración</i> .....	333
10 ¿Trabajan inseparablemente el Padre, el Hijo y el Espíritu? <i>La comunión con la Trinidad indivisible</i> .....	365
Conclusión .....	403
Glosario .....	405
Bibliografía .....	415



## AGRADECIMIENTOS

El Señor sabe que mi peregrinaje escribiendo este libro no lo he emprendido solo. Después de terminar *Ninguno más grande*, John Fesko me animó a seguir escribiendo sobre la doctrina de Dios, porque tanto la iglesia como la academia necesitan recuperar el trinitarismo ortodoxo. Kelly Kopic también fue una inspiración, creyendo que este proyecto era oportuno teniendo en cuenta la confusión que ha visto de primera mano. Quiero dar las gracias especialmente a Scott Swain. Ha sido un compañero de conversación, siempre lleno de perspicacia trinitaria, siempre comprobando la seguridad de las barreras. Gracias, Scott, por escribir el prólogo y transmitir lo importante que es entender bien la Trinidad. También estoy muy agradecido a Fred Sanders. Fred no solo leyó y aprobó el manuscrito, sino que aportó su sabiduría sobre la precisión y el tono. Su experiencia ha sido inestimable. Debo hacer el mismo elogio a los demás colaboradores que aportaron valiosos comentarios. Por supuesto, cualquier defecto residual es mío.

También estoy agradecido a Brian Vos y al equipo de Baker, que creen que la teología es demasiado importante para no ser accesible. Agradezco al equipo de Baker, especialmente a Amy Nemecek, su duro trabajo para limar asperezas. Uno de estos días escribiré un libro menos complicado que la Trinidad. Y el equipo de marketing se alegrará a una sola voz.

Escribí este libro durante mi año sabático. Samuel Powell y Point Loma acogieron a mi familia durante el

verano de 2019. Debo decir que no hay nada mejor que escribir sobre la Trinidad con la costa del Pacífico entre tus pies. Gracias por su hospitalidad; mi familia sigue hablando maravillas de nuestra estancia en su campus.

Tengo la bendición de enseñar en el Midwestern Baptist Theological Seminary y la bendición aún mayor de que los que están en el liderazgo valoran la escritura. Gracias, Jason Allen, no solo por iniciar este año sabático, sino también por animarme a escribir sobre la Trinidad para la Iglesia. Oro para que este libro ayude a la iglesia a encontrar su camino a casa. Jason Duesing también me ha animado. Qué gratificante es enseñar en una escuela donde los colegas se apoyan mutuamente. Por último, a mis alumnos: su entusiasmo fue el combustible de mi tanque. Ya fuera en un seminario o tomando un té dulce en Anselm House, sus preguntas le recordaron a este escritor fatigado por qué escribe. Un agradecimiento especial a Ronni Kurtz, Sam Parkison, Joseph Lanier, Jen Foster y Timothy Gatewood por sus muchas horas de trabajo en la bibliografía y el manuscrito.

Pero pocos fueron tan inspiradores como mis propios hijos. Nunca olvidaré aquellas noches en las que cantábamos (¡a veces incluso rapeábamos!) el Credo Niceno. Gracias a ustedes, la ortodoxia ahora tiene ritmo. Sobre todo, debo dar las gracias a mi esposa, Elizabeth. Como hace con cada libro, Elizabeth empieza y termina cada peregrinación conmigo. ¿Qué esposa se queda en la cama hasta medianoche para discutir los detalles de la generación eterna? La mía sí, y no hay ninguna como ella. Por eso le dedico este libro.

## PRÓLOGO

por Scott R. Swain

Matthew Barrett quiere llevarte a un viaje en su DeLorean que viaja en el tiempo. Quiere llevarle de vuelta a una época en la que pastores, teólogos y cristianos leían la Biblia de forma diferente a como solemos leerla hoy, a una época en la que la doctrina ortodoxa de la Trinidad nacía, por medio de la Palabra y el Espíritu soberano de Dios, en la teología y la piedad de la Iglesia. ¿Por qué es necesario un viaje así? ¿Por qué debería considerar unirse a él? El Dr. Barrett no es un científico loco, y su búsqueda del viaje en el tiempo no proviene del sentimentalismo por una pasada edad de oro de la Iglesia. Citando a Huey Lewis and the News, el Dr. Barrett quiere llevarle “atrás en el tiempo” porque cree que está en juego el futuro de la doctrina, la piedad, el testimonio y la adoración de la Iglesia.

Los teólogos protestantes clásicos hablaban de dos fundamentos de la doctrina y la vida de la Iglesia. Identificaban la Sagrada Escritura como el *fundamento cognitivo*, la fuente suprema y la norma de todo lo que la iglesia está llamada a creer y practicar, el fundamento de “la verdad, que es según la piedad” (Tit. 1:1). Además de este fundamento cognitivo, identificaron al Dios trino como el *fundamento ontológico* de la doctrina y la vida de la Iglesia. Así como todas las cosas son “de” y “por” y “para” el Dios trino en el orden del ser (Ro. 11:36), así, según ellos, todas las cosas son de y por y para el Dios trino en el orden de la comprensión teológica y la vida cristiana.

Las doctrinas de la creación, la providencia, la persona y la obra de Jesucristo, la Iglesia y los sacramentos, la salvación y las últimas cosas—cada una de estas doctrinas se basa en la doctrina del Dios trino para su significado y sentido, y la vida de piedad que se basa en estas doctrinas nos dirige al Dios trino como nuestro bien supremo y fin último. La confesión de que Jesús es el Cristo, el Hijo del Padre unguido por el Espíritu, es el fundamento de la confesión cristiana (Mt. 16:16; 28:19; Mr. 12:1-12; Ef. 2:20). Por esta razón, la doctrina de la Trinidad es el fundamento de la enseñanza y la vida cristiana. Sin la doctrina de la Trinidad, no hay cristianismo.

El Dr. Barrett quiere hacerles retroceder en el tiempo porque muchas iglesias reformadas y evangélicas de Norteamérica y el Reino Unido han perdido el contacto con esta doctrina fundamental en los últimos tiempos. ¿Cómo ha sucedido esto? Desgraciadamente, nuestro problema actual no se debe a una simple amnesia, ni al simple olvido de algo que conocíamos. Nuestro problema contemporáneo surge del hecho de que las iglesias han sido catequizadas erróneamente en la enseñanza cristiana básica sobre la Trinidad.

Por las razones que el Dr. Barrett explora en las páginas que siguen, una serie de teólogos evangélicos de finales del siglo XX descuidaron y/o rechazaron varios rasgos comunes de la enseñanza cristiana clásica sobre la Trinidad y, en lugar de esos rasgos, introdujeron un relato nuevo y significativamente distorsionado de la Trinidad, lo que el Dr. Barrett denomina una *Trinidad manipulada*. Aunque este enfoque conservaba la distinción entre las personas de la Trinidad, dividía erróneamente el ser y la esencia singular de la Trinidad, atribuyendo diferentes atributos a las distintas personas (por ejemplo, autoridad al Padre, sumisión al Hijo) y dividiendo así la voluntad suprema y singular de Dios. En las últimas décadas, este

enfoque de la Trinidad ha ganado terreno en los círculos evangélicos a través de Biblias de estudio populares, libros de texto, revistas, conferencias, y mediante su promoción en algunas de las escuelas de formación pastoral más grandes e influyentes de Norteamérica y el Reino Unido. Lamentablemente, esta labor de catequesis, en gran medida revisionista, ha tenido un gran éxito. Muchos cristianos evangélicos de hoy han llegado a creer que la Trinidad manipulada es una enseñanza cristiana ortodoxa.

No lo es. Y por eso debemos acoger la invitación del Dr. Barrett a viajar atrás en el tiempo. Si hemos perdido el contacto con el fundamento supremo de la enseñanza cristiana, si hemos recibido una formación deficiente de nuestros contemporáneos, entonces debemos encontrar mejores maestros, más fieles, aunque eso signifique mirar al pasado. Por la gracia de Dios, esos maestros existen, y pueden ayudarnos a apreciar mejor quién, qué y cómo el Dios trino se ha revelado a sí mismo en la Sagrada Escritura.

Dicho esto, nuestro viaje al pasado no es por el pasado, sino por un futuro mejor. Cuando se ha perdido algo tan valioso como la enseñanza cristiana ortodoxa sobre la Trinidad, debemos tratar de recuperarla para que nosotros, nuestros hijos y nuestras iglesias podamos restablecer nuestra fe sobre una base más sólida, para que podamos reorientar nuestra piedad a la luz de una estrella más brillante y para que podamos renovar nuestro testimonio según la medida de una norma más fiable. Deberíamos aceptar con agrado la invitación del Dr. Barrett a viajar al pasado para que, con la ayuda de la soberana Palabra y Espíritu de Dios, también nosotros podamos unirnos al coro de los santos del cielo y de la tierra de todas las épocas para ofrecer a la Trinidad tres veces santa la adoración que solo Él merece.

Así que abróchense los cinturones y disfruten del viaje. El Dr. Barrett es un conductor hábil y un guía fiable. Lo que me lleva a una última razón por la que debería aceptar la invitación del Dr. Barrett a (re)descubrir la Trinidad no manipulada. Uno de los principales errores de la teología trinitaria reciente fue sugerir que la Trinidad solo tiene sentido en la medida en que podamos demostrar su utilidad para diversos fines prácticos, sociales y políticos. Pero esto es ir totalmente al revés. La Trinidad no existe para nosotros ni para nuestras agendas. El Dios trino no es un medio para un fin. Nosotros existimos para Él (1 Co. 8:6). La Trinidad es un fin en sí mismo (Ro. 11:36). Por tanto, estudiar la Trinidad—buscar conocerla y comprenderla mejor, apreciarla y adorarla, rendirle adoración y servirla—no necesita ninguna justificación más allá de sí mismo. La razón para estudiar al Dios trino no es doblegar a la Trinidad a nuestros diversos programas sociales. La razón para estudiar al Dios trino es doblegar nuestras mentes, voluntades, acciones y comunidades a la Trinidad, seguros de que, al hacerlo, descubriremos en Él tanto la razón de nuestra existencia como la plenitud de la alegría (Sal. 16:11; Jn. 15:11; 17:13).

**Scott R. Swain,**

Presidente y profesor James Woodrow Hassell de  
Teología Sistemática, Reformed Theological Seminary,  
Orlando, Florida.

# 1

## LA DERIVA DE LA TRINIDAD

Por tanto, debemos prestar mucha mayor atención a lo que hemos oído, no sea que nos desviemos.

Hebreos 2:1

No es oro todo lo que reluce,  
No todos los que vagan están perdidos;  
Lo viejo que es fuerte no se marchita,  
Las raíces profundas no son alcanzadas por la helada.

J. R. R. Tolkien, *La Comunidad del Anillo*

### **Dagón y Ebenezer**

“Papá, ¿qué es un Ebenezer?”

Era una pregunta sincera. Nuestra familia había cantado mil veces el famoso himno “Fuente de la vida eterna”, pero esta vez, cuando cantábamos “Aquí levanto mi Ebenezer, aquí por tu ayuda he venido”, mi hija Georgia interrumpió, confundida por esta extraña palabra.

“Es una roca”, respondí.

“¿Una roca?”

“Déjenme contarles una historia. Hace mucho tiempo, antes de Jesús, incluso antes del rey David, había un profeta llamado Samuel”.

“¿El niño del templo? ¿No le llamaba Dios por su nombre mientras dormía?”

“Sí, pero en esta historia, él era mucho mayor. Samuel tenía un trabajo difícil. Tenía que decirle al pueblo de Dios, Israel, que se arrepintiera, y no lo hicieron. Querían adorar a dioses falsos”.

“Ídolos?”

“Así es. Excepto que estaba tan fuera de control que Dios dejó que el enemigo de Israel, los filisteos, conquistaran a su pueblo en la guerra. Pero eso no es lo peor. Los filisteos se llevaron lo más sagrado que tenía el pueblo de Dios: el arca del pacto. El arca estaba en la casa de Dios, y cuando Dios quería estar con su pueblo, su presencia descendía sobre el arca. Cuando el arca fue capturada y se la llevaron, fue como si Israel hubiera perdido a Dios mismo. Fue lo peor que podía haber pasado”.

“¿Lo recuperaron?”

“Lo hicieron. Los filisteos pusieron el arca en el templo de su dios, Dagón. Por la mañana, Dagón había caído de cabeza frente al arca. Vergonzoso, ¿verdad? Los filisteos volvieron a poner a Dagón de pie, pero a la mañana siguiente estaba otra vez boca abajo delante del arca, y esta vez se le había caído la cabeza. No solo la cabeza, sino también las manos, como si se las hubieran cortado. ¿Te estás riendo?”

“Sí”, dijo Georgia con una sonrisa que intentaba ocultar.

“Es algo gracioso. De todos modos, los filisteos entendieron el mensaje. Enviaron el arca de vuelta. Samuel



no podía creerlo: justo cuando parecía que Dios había abandonado a su pueblo para siempre, volvió para salvarlo de su enemigo. Así es Dios, ¿verdad? Pero Samuel sabía lo indigno que era su pueblo de recibir de nuevo el arca. Así que los convocó a todos para que abandonaran sus falsos dioses y sirvieran al único Dios verdadero. Lo creas o no, Israel escuchó y obedeció. Cuando llegó el arca, Samuel tomó una piedra, la colocó en un lugar donde Israel la vería durante generaciones, y la llamó...”.

“¡Ebenezer!”

“Así es. Lo llamó Ebenezer porque dijo: ‘Hasta aquí nos ha ayudado el SEÑOR’. Desde aquel día, durante cientos y cientos de años, cada vez que un niño o una niña, como tú, preguntaba a su madre o a su padre por qué había una piedra gigante en medio del pueblo, escuchaba esta historia. La piedra era solo una piedra, pero era mucho más: ayudaba al pueblo a recordar siempre quién es este gran Dios y lo que ha hecho; les ayudaba a no olvidar nunca su historia, su herencia familiar”.

“Qué gran historia”.

“¿Verdad? Una de mis favoritas. No olvides que también es tu historia”.



1 Samuel 6 y 7 es realmente una de mis historias favoritas. Pero ha tenido que venir mi hija pequeña para ayudarme a entender por qué: *Dios se preocupa profundamente por su herencia.*

Su herencia es importante. Es tu historia, y un día será la historia de tus hijos e hijas, una historia que ellos a su vez contarán a sus hijos e hijas. Y así sucesivamente. Las historias de nuestras vidas, las historias que heredamos y en las que nos encontramos, nos dejan una herencia

que más o menos define quiénes somos y en quiénes nos convertiremos.

Pero, ¿te has planteado alguna vez qué tipo de herencia *teológica* has heredado o dejarás? Si estás leyendo este libro, tu herencia, como la mía, puede ser *evangélica*. Hay muchas razones para estar orgullosos de nuestra herencia evangélica: su insistencia en que uno debe nacer de nuevo para ser cristiano, su compromiso con la Biblia como nuestra autoridad suprema, su determinación de mantener la cruz de Jesús en el centro, y su celo por llevar la buena nueva de la muerte sacrificial de Jesús a las naciones. Estas características definen nuestra historia evangélica.

Pero nuestra herencia evangélica se queda corta si no es también una herencia *católica*—católica con *c* minúscula, refiriéndose a las creencias universales que la Iglesia ha confesado desde sus inicios. Debido a su fidelidad bíblica, la iglesia ha puesto estas creencias en forma de credo para que sean confesadas por la iglesia universal (en todos los tiempos y en todos los lugares) y para proteger a la iglesia contra la amenaza de la herejía, que la mayoría de las veces se hace pasar por enseñanza bíblica. Por esta razón, se denominan creencias *ortodoxas*. La pregunta es si nuestras creencias como evangélicos coinciden con esas creencias bíblicas y ortodoxas que la Iglesia ha apreciado y confesado desde sus comienzos, y si nuestra identidad en el futuro se caracterizará por esas mismas creencias.

No te lo he dicho, pero las cuatro marcas que he mencionado antes forman el cuadrilátero evangélico: conversionismo, biblicismo, crucicentrismo y activismo. Según los historiadores, estas cuatro marcas definen y determinan si uno es evangélico.

Pero fíjate, no hay Trinidad. ¿Adónde fue la Trinidad?

## Joven, inquieto, reformado... ¿pero trinitario? La deriva trinitaria

Tal vez se asuma la Trinidad con cada marca del cuadrilátero evangélico. Eso espero. Pero debes admitir que la ausencia de la Trinidad como marca por derecho propio es paralela a su ausencia dentro de la cultura evangélica actual. He sido evangélico durante décadas, y nunca he conocido a nadie ni he oído de nadie fuera del redil evangélico que haya dicho: “Esos evangélicos pueden ser muchas cosas, pero no hay duda de que son trinitarios hasta la médula”. Los he oído llamarnos de muchas maneras, ¿pero trinitarios? Jamás.

Es cierto que muchas iglesias y pastores evangélicos saben que deben afirmar la Trinidad, y así lo hacen. Pero si son sinceros, no tienen ni idea de por qué, aparte de decir: “La Biblia lo dice en alguna parte, ¿verdad?”—aunque no están seguros de qué versículo podría ser. Pídales que articulen esa misma Trinidad *según la ortodoxia bíblica* y se quedarán con la mirada perdida. Puede que usted me esté mirando así ahora mismo.

“Un momento, profesor”, podría objetar. “¿No hemos experimentado un resurgimiento de la teología en los últimos años?” Así es. Desnutridos y hambrientos de carne y no solo de leche, los jóvenes de principios de siglo cavaron hondo para resucitar la teología en la Iglesia, y no cualquier teología, sino la teología *reformada*. Pero han pasado dos décadas, y ahora tenemos la ventaja de mirar atrás y reconocer agujeros que antes no veíamos—puntos ciegos. Aquí hay uno demasiado grande para ignorarlo: con todo nuestro enfoque en la grandeza de Dios en la historia de la *salvación*, de alguna manera se dejó de lado quién es nuestro Dios trino en la eternidad. Qué ironía. La historia de la salvación es una historia que revela no solo lo que nuestro Dios trino ha logrado, sino quién es Él en sí mismo como Padre, Hijo y Espíritu Santo. Qué

revelador. Tal vez nuestro resurgimiento reformado no sea tan *reformado* después de todo, o al menos no tan reformado como debería ser.

Pero no es solo que la Trinidad haya recibido poca atención entre los jóvenes, inquietos y reformados. Hay razones para creer que en medio de nuestro resurgimiento reformado—y todo el entusiasmo que trajo consigo—nos hemos alejado de la doctrina *bíblica y ortodoxa* de la Trinidad. La deriva trinitaria, como me gusta llamarla, no fue repentina y explosiva, sino gradual, como una pareja en un velero disfrutando de la compañía mutua en la brisa azul del mar, felicitándose mutuamente por la buena excursión que han preparado, solo para mirar hacia arriba y darse cuenta de que ya no ven la orilla. Peor aún, no tienen ni idea de cómo volver.

¿No me creen? Volvamos a nuestra historia; retrocedamos en el tiempo para determinar qué nos aguarda en el futuro.

### **Volver al futuro**

Uno de los mejores momentos de mi vida fue el día en que mi padre y yo vimos por primera vez *Volver al futuro*. Acababa de cumplir doce años y no sabía que estaba a punto de ver un clásico.

Marty McFly y Doc—y no olvidemos al perro Einstein—traspasan los límites del tiempo gracias al DeLorean, una máquina del tiempo elegante como nunca ha habido uno. Pero como Doc y Marty aprenden por las malas, el viaje en el tiempo está plagado de peligros, hasta el punto de que Doc desearía no haber inventado nunca el condensador de flujo. Alterar el pasado, aunque sea mínimamente, es poner en peligro el futuro. Cuando Marty abandona 1985 y viaja a 1955, comete un terrible error, que pone en peligro su propia existencia futura.

No podemos retroceder en el tiempo para cambiar nuestro futuro evangélico, por mucho que me gustaría tener la oportunidad de deslizarme a través de la historia en el DeLorean. Pero podemos mirar atrás en el tiempo y ver hacia dónde podría ir el futuro... si las cosas no cambian en el presente. ¿Cómo será el futuro para los evangélicos si nuestra trayectoria actual sigue imitando nuestro pasado reciente? Para responder a esta pregunta, necesitamos echar un vistazo honesto a las últimas tres décadas si queremos entender por qué el futuro de la teología trinitaria podría estar en peligro.

Si el DeLorean de Doc te llevara al principio de siglo y a cualquier campus universitario evangélico, ¿qué verías? Me verías a mí—es decir, a mí mucho más joven—sentado en la cafetería de la universidad subrayando las páginas de un grueso libro azul de tapa dura con una imagen cuadrada de Moisés frente al desierto. Si no fuera por Moisés, pensaría que se trata de una enciclopedia médica. Pero todos conocemos el libro: es la *Teología Sistemática* de Wayne Grudem, popular entre los evangélicos por su claro y fiable resumen de la doctrina bíblica.

Pero digamos que tu DeLorean es lo suficientemente sofisticado como para saltar en el tiempo y dejarte no en un campus universitario cualquiera, sino en uno con una comunidad de seminaristas. Si ese fuera el caso, al dejar el DeLorean para ir al carrito del café y a los pupitres de la biblioteca, me verías de nuevo, perdido en un libro igual de grueso, pero esta vez con una cubierta que parecía una vidriera azul y roja y con una cruz en el centro. Se trata de la *Teología Sistemática* de Millard Erickson, popular por el sabor filosófico que aporta a la doctrina, razonando sus conclusiones con una prosa rigurosa y lógica.

Estas fueron algunas de mis primeras introducciones a la doctrina de la Trinidad. Claro que creía en la Trinidad; al fin y al cabo, era cristiano. Pero no tenía ni idea de por

qué. Así que, como joven aspirante a estudiante, ansioso por aprender teología cristiana, me sumergí de cabeza, con marcadores amarillos y rosados y todo. También me aseguré de prestar atención en clase, buscando oportunidades para aprender más sobre esta Trinidad tan central para mi identidad cristiana.

La forma en que me enseñaron a abordar la Trinidad, sin embargo, era más o menos como una ciencia difícil. La Trinidad se trataba como un enigma, incluso un problema, pero que podía resolverse con la fórmula adecuada. Como ningún versículo de la Biblia enseñaba la Trinidad, había que ponerse matemático. Primero, sumar y enumerar los versículos que dicen que Dios es uno. A continuación, suma y enumera los versículos que dicen que el Padre, el Hijo y el Espíritu son cada uno plenamente Dios. Y... ¡igualá! Sabemos que Dios es una esencia y tres personas. Listo.

O eso creía.

En aquel momento, recuerdo haber pensado que este enfoque me parecía algo forzado, incluso ajeno a cómo conocí la Trinidad bíblica. Conocí la Trinidad a una edad temprana, pero debo aclarar que fue al revés: la Trinidad vino a conocerme a mí. Lo extraordinario de mi conversión fue que fue tan... ordinaria. Mis padres me leían fielmente la Biblia, y sentían un cariño especial por el Evangelio de Juan. Después de leer textos como Juan 3, el Espíritu Santo me abrió los ojos a Jesús como Hijo de Dios, y cuando confié en Él como mi Salvador, supe que había sido perdonado por el Padre. No recuerdo haber oído nunca un sermón sobre la Trinidad, ni mis padres se sentaron conmigo para explicármelo. Pero cuando conocí el Evangelio, conocí la Trinidad. Sin embargo, como ya he dicho, fue al revés: la Trinidad me conoció... la Trinidad incluso me salvó. Amé a la Trinidad porque la Trinidad me amó primero.

Pero cuando leía sobre la Trinidad en esos libros de texto, la Trinidad no solo me parecía forzada—la suma total de una larga lista de textos de prueba aleatorios—sino el resultado de un truco de magia. Era como si la Trinidad surgiera de la nada. *Puf*. Como un conejo salido de un sombrero negro.

También me di cuenta de algo peculiar, incluso un poco inquietante. Tanto en la universidad como en el seminario, cada libro de texto que leía se empeñaba en rechazar una antigua creencia cristiana de la que nunca había oído hablar: la generación eterna del Hijo del Padre. Y no se trataba solo de libros de texto muy apreciados, sino de algunos de los libros más recomendados sobre la doctrina de Dios por teólogos y filósofos evangélicos—John Feinberg, Bruce Ware, Robert Reymond, William Lane Craig, J. P. Moreland y otros. Estos pensadores, y otros como ellos, fueron útiles de diferentes maneras, y sus libros fueron asignados por profesores en los que tenía buenas razones para confiar. Pero compartían esta debilidad: rechazaban esta antigua doctrina llamada generación eterna porque eran incapaces de encontrar un texto que lo apoyara. Sin un capítulo y un versículo, no podían incluirla en su lista; simplemente no encajaba en su fórmula. Otros rechazaron esta creencia eclesiástica porque simplemente no tenía sentido racional, y si no era razonable, no podía ser sensata.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Consulte el capítulo 8 y también Grudem, *Systematic Theology* (1994), 245, 251; (2000) apéndice 6 (cf. capítulo 14); Erickson, *Systematic Theology*, 308 (¡en la segunda edición la generación eterna está totalmente ausente!); Erickson, *Who's Tampering with the Trinity?*, 179–84, 251; Erickson, *God in Three Persons*, 309–10; Feinberg, *No One Like Him*, 112–14; 490–91, 498; Reymond, *New Systematic Theology*, 325–26, 335; Craig y Moreland, *Philosophical Foundations*, 593. Consulte también tratamientos populares como Mark Driscoll y Gerry Breshears, *Doctrine: What Christians Should Believe* (Wheaton: Crossway, 2010), 27–28. Otros, como John Frame, aceptan la doctrina pero no acriticamente, sospechando que solo se trata de un juego de palabras. Véase Frame's *Doctrine of God*, 707–14.

Si no sabe qué es la generación eterna, no se preocupe. Suena más complicado de lo que realmente es. De hecho, es algo casi demasiado sencillo de decir. Hágase esta pregunta: ¿Por qué la Biblia utiliza los nombres Padre, Hijo y Espíritu para describir la Trinidad? Respuesta: en la Biblia, especialmente en un libro como el Evangelio de Juan, al Padre se le llama *Padre* porque es, bueno, el Padre de su Hijo. Como hacen los Padres, engendra a su Hijo. Al fin y al cabo, eso es ser Padre. Pero como se trata de Dios y no de un simple mortal, lo hace desde la eternidad. Engendra eternamente a su Hijo, aunque Él mismo no es engendrado por nadie (es inengendrado). Eso es porque Él es la fuente u origen. Esto se llama *paternidad*.

El Hijo se llama Hijo en la Escritura porque tiene un Padre. Piénsalo así: Él es de su Padre, engendrado por su Padre desde toda la eternidad. O podríamos decir que el Hijo es generado (las palabras engendrado y generado son sinónimas) a partir de la naturaleza divina del Padre desde toda la eternidad. Al fin y al cabo, eso es lo que significa ser Hijo. Esto se llama *filiación*.

El Espíritu se llama Espíritu en la Escritura porque procede del Padre y del Hijo desde la eternidad. No es otro Hijo (un hermano) ni un nieto—eso sería extraño—por lo que no debemos decir que ha sido engendrado o generado eternamente. Más bien es espirado por el Padre y el Hijo. Esto se llama *espiración*, una etiqueta que capta el significado bíblico de la palabra “Espíritu”.

Ya que hablamos de palabras clave, debo mencionar también que hay una frase que resume estos tres nombres bíblicos: *relaciones eternas de origen*. Es una frase para recordar. Resáltenla. Subráyala. Rodéala con un círculo. Suena sofisticada, pero en realidad su significado es muy sencillo. La palabra “origen” es adecuada porque estamos describiendo de dónde proceden estas tres personas (por ejemplo, el Hijo del Padre). La palabra “eterna” es



apropiada, ya que se trata de Dios. Y la palabra “relación” es otra forma de referirse a las personas de la Trinidad, concretamente a lo que hay de único en cada una de ellas (por ejemplo, el Padre no es engendrado, el Hijo es engendrado, el Espíritu es espirado).

Ahora, volvamos al DeLorean. Al investigar un poco por mi cuenta, descubrí que esta antigua forma de describir la Trinidad era—bueno, cómo decirlo—*la norma*. Durante dos mil años, los mejores intérpretes bíblicos de la Iglesia creyeron que esta era la forma bíblica de definir la Trinidad. Esto me dejó con la boca abierta. Los libros de texto y los profesores que me introdujeron en la Trinidad actuaban como si su enfoque científico y matemático, un enfoque que felizmente mostraba la puerta a la generación eterna, fuera simplemente... la norma. Todos a mi alrededor asumían que también lo era. Pero no lo era. Ni siquiera cerca. Solo en el último siglo, en *nuestra* generación, se ha reformulado la Trinidad de forma radical.

Pero mi profunda indagación descubrió algo más: no solo los mejores intérpretes bíblicos del cristianismo habían confesado una doctrina como la generación eterna desde la concepción de la Iglesia, sino que creían que tal doctrina salvaguardaba la deidad de Cristo de la más peligrosa de las herejías. Para que quede claro, estamos hablando de una creencia tan esencial para la Trinidad, que distingue al Hijo *como Hijo* del Padre *como Padre*, que cuando se cuestionó la deidad de Cristo en el siglo IV, los padres de la Iglesia se reunieron en el Concilio de Nicea (325)—quizás el concilio más importante de toda la historia cristiana—y redactaron un credo para afirmar la generación eterna como condición de la verdadera ortodoxia (véase el capítulo 2). Si el Hijo no es engendrado de la esencia divina del Padre desde toda la eternidad, argumentaban, entonces el Hijo no es igual al Padre en deidad. La doctrina no solo distinguía la persona del Hijo de la del Padre, sino que aseguraba que ambos

eran coeternos y coiguales en divinidad, poder, voluntad, gloria y autoridad. *Afirmar la generación eterna equivalía a confesarse cristiano, y creyente en la Biblia. Negar la generación eterna era alinearse con la herejía.*

De nuevo, me quedé con la boca abierta. ¿Cómo es posible que los evangélicos, los mismos que se declaran crucicéntricos, rechacen hoy en día semejante creencia? Resultaba desconcertante, por no decir otra cosa, que semejante fundamento trinitario hubiera sido eliminado de los libros de texto evangélicos y borrado de las pizarras de las aulas evangélicas—aulas en las que se suponía que yo estaba aprendiendo sobre la Trinidad. Y entonces se me ocurrió: hemos experimentado y seguimos experimentando la deriva trinitaria.

Pero espera, las cosas empeoran. La deriva continúa...

### **Los libros me llaman . . . Y debo ir**

Como soy de Los Ángeles de nacimiento, no le sorprenderá oírme decir que, vaya donde vaya, mi espíritu tiende a vagar de vuelta a la Ciudad de los Ángeles. Puede parecer extraño a quienes anhelan las llanuras abiertas del Medio Oeste—que también me encantan, por cierto—pero me siento como en casa cada vez que vuelvo de vuelta a esa ciudad de concreto con sus autopistas de espaguetis.

El sur de California es una paradoja: su concreto quemado por el sol se extiende kilómetros y kilómetros, pero siempre se puede contar con que cualquier tramo de concreto conduce a una playa de arena dorada y olas de cresta blanca. Cada verano, nuestra familia escapa de la opresiva humedad del Medio Oeste para ir al soleado sur de California, conocido por su inmutable clima de setenta y cinco grados. Siempre merece la pena: cada día leo y escribo, pero por las tardes y noches bajamos a la playa para refrescarnos en el Pacífico y contemplar la puesta

de sol luciendo su lienzo naranja, rosa y amarillo como si fuera una de las modelos de Los Ángeles desfilando por la pasarela. Un verano, este hábito se convirtió en algo tan habitual para nosotros, los amantes de la playa, que mi hija juró que se compraría la camiseta en la que se leía: “*La playa me llama y tengo que ir*”. Por desgracia para papá y mamá, los niños saben darle la vuelta a la tortilla. Cuando había que sacar la basura, o cuando la hermana pequeña necesitaba un tazón de cereales, mi hija mayor decía con esa sonrisa suya tan astuta: “Lo siento, mamá. Lo siento, papá. Los libros me llaman y tengo que irme”.

Aquel verano era sobre todo la playa la que nos llamaba, y todos estábamos dispuestos a que nos llamaran. Pero de vez en cuando, la llamada cambiaba y yo dejaba de escribir y buscaba una librería local para curiosear. Esta es mi costumbre, no importa en qué ciudad viva nuestra familia—soy incurable. Al final de cada vacación, los niños recogen conchas marinas mientras papá intenta, desesperadamente, meter una pila de libros en una maleta ya llena.

Una tarde descubrí una tienda clandestina llena de libros del suelo al techo. Hice lo siguiente: Empecé por la ficción, eligiendo aquellos clásicos que aún no he leído, sabiendo que en la esquina más alejada había una sección descuidada llamada “teología” que me esperaba como la guinda de un helado. Pero para mi sorpresa, esta librería en particular tenía un almacén lleno de cerezas. Allí, en la pared que tenía delante, había una historia, cada estante de libros me contaba qué ideas se habían comprometido en los últimos cincuenta o setenta años.

Como un niño en una tienda de golosinas, empecé a coger libros a puñados. Pero después de cuatro horas llegó la hora de marcharse. Le compré mi gran pila de libros a la señora de la caja registradora y salí para ser recibido por el olor salado del pescado y las patatas fritas.

Cuando mi familia regresó de vacaciones, con marcas de bronceado y suficiente vitamina D para sobrevivir al invierno, me escondí en mi estudio y despejé una estantería entera para ver todos los libros que había comprado, así como un montón de otros que había ido coleccionando a lo largo de los años. No voy a molestarles con el autor y el título de cada libro que abrí—de todos modos, conoceremos a algunos de ellos en el capítulo 3. Pero debo compartir con ustedes lo que descubrí. Un libro tras otro revelaba un patrón, y cada estante contaba una historia.

En primer lugar, retomé un libro de uno de los teólogos más influyentes de finales del siglo XX. Su programa era explícito: la Trinidad es nuestro plan maestro para la *política*. Del mismo modo que la Trinidad es una comunidad o sociedad de personas iguales que cooperan entre sí, las estructuras de poder de la sociedad humana deberían favorecer una comunidad de cooperación e igualdad. Dios no es un monarca unitario (monoteísmo) ni la Trinidad es una jerarquía (con el Padre como autoridad), lo que da lugar a una dictadura en la sociedad. Por el contrario, existe una igualdad entre las personas, y esa igualdad en comunidad es nuestro modelo para una sociedad socialista. ¿Quién iba a decir que la Trinidad podía ser tan política?

Luego, me puse a coger un puñado de una vez, ya que cada uno tenía la palabra “ecuménico” esparcida por sus páginas. Estos autores también apelaban a la unidad cooperativa entre las personas de la Trinidad, pero esta vez como un plan maestro para el ecumenismo, la unidad entre religiones diferentes. Al igual que la Trinidad, las distinciones de cada parte religiosa no tienen por qué perderse; sin embargo, la cooperación y la interdependencia son primordiales, ya que cada parte (persona) abraza la unidad con los demás, en este caso en aras de las misiones. Algunos incluso creen que la pluralidad que existe en esta

sociedad unificada que llamamos Trinidad es nuestro modelo para abrazar el pluralismo religioso en el mundo. ¿Quién iba a decir que la Trinidad podía ser tan inclusiva?

Bajé esta pila de libros, tanto por su enorme peso como porque descubrí unos cuantos libros atípicos escondidos en la esquina superior derecha de la estantería. Al principio, pensé que estos libros y papeles estaban mal colocados porque tenían mucho que decir sobre el ecologismo. Pero me equivocaba. Estos autores habían transfigurado la Trinidad en aras de la ecología. Advertían contra las herejías ecologistas que tratan al ser humano como superior al medio ambiente y subordinan la naturaleza al poder del hombre. La creación y la humanidad comparten la misma esencia, imaginando la igualdad del Hijo con el Padre en la Trinidad. ¿Quién iba a decir que la Trinidad podía ser tan verde?

A continuación había un montón de libros de colores brillantes en tonos azules y verdes, pero también unos pocos en blanco o negro. De nuevo, estaba convencido de que estos libros debían de estar mal colocados, pues en cada uno de ellos el género y la identidad sexual ocupaban la atención del autor. Pero de nuevo me equivocaba. Mirando un libro tras otro, aprendí rápidamente que no hay agenda tan sensual como la identidad de género en la teología. Estos autores estaban convencidos de que la igualdad entre las personas de la Trinidad justifica la igualdad entre los sexos tanto en la Iglesia como en la sociedad. Al igual que en la Trinidad hay una sociedad de personas iguales, también los sexos, masculino y femenino, son iguales en la sociedad humana. Una Trinidad igualitaria debería dar lugar a una sociedad igualitaria. Algunos libros de esta estantería se atreven a llamar a Dios mujer. ¿Quién iba a decir que la Trinidad podía ser tan feminista?

Otros libros en este mismo estante fueron escritos por evangélicos, pero en lugar de utilizar la Trinidad para

argumentar a favor de la igualdad de género, estos autores utilizaron la Trinidad para introducir la jerarquía. Apelaban a una subordinación funcional del Hijo al Padre en la eternidad como justificación de la subordinación de las esposas a sus maridos y de las mujeres a sus pastores. Del mismo modo que el Padre y el Hijo son iguales en esencia pero distintos en sus funciones, la esposa es igual como persona pero subordinada en su función a la autoridad de su marido. Como muchos antes que ellos, estos autores redefinieron el trinitarismo ortodoxo, sustituyendo categorías ortodoxas (como simplicidad y generación eterna) por categorías sociales (roles de *relaciones*). ¿Quién iba a decir que la Trinidad podía ser tan patriarcal?

Justo cuando pensaba que lo había visto todo, tomé un libro que tenía la palabra “sexualidad” justo en el título. Mientras que los libros que acababa de dejar utilizaban la subordinación para apoyar la jerarquía, este libro utilizaba un método similar pero apelaba al amor mutuo entre el Padre y el Hijo para apoyar la homosexualidad. Estos autores defendían los matrimonios de gays y lesbianas basándose en los papeles funcionales dentro de la Divinidad. Al igual que las diferencias entre las personas de la Trinidad no impiden su igualdad, las diferencias entre heterosexuales y homosexuales no impiden la igualdad entre las distintas orientaciones sexuales. Siguen siendo iguales y al mismo tiempo distintas, conservando su identidad personal (como la Trinidad). ¿Quién iba a decir que la Trinidad podía ser tan sexual?



Socialismo, ecumenismo, pluralismo, ecologismo, igualitarismo, complementarianismo, homosexualidad... al dejar los libros, mi alma teológica sintió un poco de

náuseas.<sup>2</sup> Estos eran los libros más apreciados por las dos últimas generaciones de miembros de iglesias, pastores, estudiantes y profesores. Eran los libros a los que la Iglesia y la Academia recurrían para entender la Trinidad. Y, sobre todo, eran los libros que enseñaban a la siguiente generación cómo utilizar la Trinidad para cumplir cualquier agenda social que creyeran más importante. No han cesado las formas en que usamos (abusamos) de la Trinidad para cumplir nuestros objetivos sociales. Y entonces me di cuenta: no solo estamos experimentando *la deriva de la Trinidad*, sino que nuestra redefinición de *la Trinidad nos ha dado licencia para manipularla*.

Para evangélicos y liberales por igual, la Trinidad se ha convertido en una nariz de cera, retorcida y moldeada a voluntad hasta hacer irreconocible la Trinidad bíblica y ortodoxa. Con la mejor de las intenciones, los pensadores modernos han transformado la teología en antropología. La Trinidad se ha convertido en un espejo en el que vemos nuestro propio reflejo; sostenemos nuestra doctrina de la Trinidad, y bien podríamos estar sosteniendo una foto de nosotros mismos. Ya no estamos hechos a imagen de la Trinidad, sino que la Trinidad se reinterpreta y se remodela hasta que ahora está hecha a nuestra propia imagen. El resultado: hay tantas Trinidades como agendas sociales. Incluso se ha redefinido la propia Trinidad como social para garantizar que estas agendas sociales tengan fuerza de tracción. Nuestras interminables búsquedas para hacer que la Trinidad sea relevante para la sociedad dan como resultado una cosa: el Dios trino que existe en la eternidad ha sido absorbido por lo que queremos que sea para nosotros en la historia.

*La Trinidad es nuestro programa social.*

---

<sup>2</sup> Después de revisar mi colección, leí *Rethinking the Trinity and Religious Pluralism*, de Keith Johnson, y descubrí que él había relatado lo que yo estaba experimentando. No soy el único en esta búsqueda. Véase el estudio de fuentes de Johnson.

## **Todo el aire que respiramos pero que no vemos**

Por mucho que hable del sur de California, debo confesar que en realidad crecí en San Francisco. Para los que no estén familiarizados, San Francisco está en la parte alta de California, mientras que Los Ángeles está en la parte baja. Es uno de los viajes por carretera más pintorescos. De principio a fin—si no haces turismo, lo que no es probable—el viaje dura seis horas desde Lombard Street hasta Hollywood. Pero si se queda dormido durante el trayecto, puede perderse una inquietante paradoja, que cualquier californiano honrado sabe que es cierta, pero que suele escandalizar a los turistas.

En el sur de California, cuando te encuentras en medio de un tráfico tan lento como la melaza en la Interestatal 5 (a la que los californianos llaman simplemente *La 5*), tomas asiento en el estadio de los Dodgers con un Dodger Dog de diez pulgadas o te subes al Matterhorn en Disneyland con tus niños gritando, no ves toda la contaminación que estás inhalando. Pero para los que primero visitan el puente Golden Gate, la isla de Alcatraz y Fisherman's Wharf en San Francisco y luego conducen hasta el sur de California, la imagen es muy distinta. En el momento en que frenas en seco bajando por el Grapevine y miras hacia arriba para ver la Ciudad de los Ángeles por primera vez, puede que te quedes con la boca abierta ante toda la niebla tóxica que ves ahora—es cualquier cosa menos angelical.

Es posible que todos los miembros de la sociedad sigan con sus ajetreadas vidas y nunca se cuestionen todo el aire que no pueden ver. Eso, hasta que se les da una nueva perspectiva. El punto de vista puede marcar la diferencia.

Lo mismo ocurre con la Trinidad y nuestra herencia cristiana. El aire evangélico que respiramos desde hace tres décadas es moderno en todos los sentidos. No sabemos, porque todo el mundo respira el mismo aire y parece estar